

NEW LEFT REVIEW 107

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2017

EDITORIAL

DANIEL FINN Las cloacas de Erdoğan 7

ARTÍCULOS

CENGİZ GUNES La nueva izquierda de Turquía 13

RÉGIS DEBRAY Civilización, una gramática 37

MEMORIAS

ROBERTO SCHWARZ Antonio Candido, 1918-2017 51

CHARNVIT KASETSIRI Ben Anderson, 1936-2015 61

ARTÍCULOS

LEONARDO IMPETT Y FRANCO MORETTI *Totentanz* 73

REBECCA LOSSIN Contra la biblioteca universal 105

CRÍTICA

THOMAS MEANEY Miedo a una Europa latina 123

DAVID BRODER *Ex oriente lux* 139

ESTHER LESLIE El gabinete de Kracauer 159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Wolf Lepenies, *Die Macht am Mittelmeer: Französische Träume von einem anderen Europa*, Munich, Carl Hanser Verlag, 2016, 349 pp.

THOMAS MEANEY

FANTASÍAS Y TEMORES ANTE UNA EUROPA LATINA

Los diarios de Europa occidental, pálidos reflejos de lo que fueron, aún permiten de cuando en cuando que se cuele algún debate y que dé, cual bola de *pinball*, algunas vueltas por el continente. En marzo de 2013, dos meses después de la entrada en vigor del Pacto Fiscal Europeo, Giorgio Agamben publicó un polémico artículo en *La Repubblica*, bajo el título «Se un imperio latino prendesse forma nel cuore d'Europa» [«Si un imperio latino tomara forma en el corazón de Europa»]. En busca de un punto de apoyo contra lo que él veía como la imposición económica alemana de un modo de vida común para todos los europeos, trajo a colación, a modo de curiosidad, el cuaderno de notas confidencial de Kojève, acaso destinado a De Gaulle. En «*L'Empire latin. Esquisse d'une doctrine de la politique française*» [El imperio latino: bosquejo de una doctrina de política francesa], Kojève, cuatro meses después de la derrota de la Alemania nazi, prevenía ante el resurgimiento económico alemán, que estaba en camino. Hitler había cometido el error anacrónico de basar su imperio en el nacionalsocialismo: Estados Unidos y la Unión Soviética, equipadas con ideologías extranacionales y universalistas, eran el futuro. Era solo una cuestión de tiempo que Alemania fuera alineada en uno u otro campo. La línea de acción más audaz que De Gaulle podía emprender, según aconsejaba Kojève, era construir un bloque aduanero latino, con Italia, España y eventualmente Portugal como socios subalternos. Solo entonces podría haber un verdadero socialismo imperial –alimentado por el combustible fósil del catolicismo–, que fuera capaz de

evitar a un tiempo las crisis cíclicas del mercado anglo-estadounidense y la estabilidad forzada de la economía soviética. Como premio, podrían resolverse las «contradicciones» entre la *latinidad* y el islam –y podría reanudarse la polinización cultural recíproca–, si el «imperio latino» se extendiera hacia Oriente Próximo y abrazara a sus antiguos súbditos imperiales («Un colonialismo generoso», llamaría a esto Kojève en otro contexto). Al aunarse las colonias francesas, italianas, españolas y portuguesas, quedarían resueltos los problemas de materias primas. Si la negociación colectiva latina para adquirir carbón alemán no bastara, quizá el Sarre podría ser anexionado. Estas fantasías, elevadas al tono de *raison d'État*, parecían haberse diseñado para dejar impronta en De Gaulle –que probablemente nunca llegó a leer el memorándum–, a semejanza del sueño que convenció al emperador Constantino de convertir a Europa en cristiana.

Aquella arremetida diplomática de Kojève en 1945, Agamben la reducía, a día de hoy, a un santuario para especies en peligro de extinción. «No solo no tiene sentido pedirle a un griego o a un italiano que vivan como un alemán –escribía Agamben–, sino que, incluso si tal cosa fuera posible, llevaría a la destrucción de una herencia cultural que existe como forma de vida». Cuando su artículo apareció en Francia en *Libération*, lo hizo con el título cambiado: «Que l'Empire latin contre-attaque!» [¡Que el imperio latino contraataque!]. La prensa alemana, por su parte, respondió con desdén: «Gegen Deutschland?» [¿Contra Alemania?], pregonaba *Die Zeit*. «Bald Lateineuropa?» [¿Una Europa latina próximamente?], remachaba el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Los lectores angustiados podían encontrar consuelo pasando directamente a las secciones de *Politik* y *Wirtschaft* [economía]. Lo más cerca que estuvo una acción coordinada «latina» de ralentizar el rodillo de austeridad de Berlín fue la piedrecita que Mario Monti, junto con Rajoy y Hollande, pusieron ante una cansada Merkel a las cuatro de la madrugada del 29 de junio de 2012, cuando lograron a duras penas un acuerdo para facilitar el acceso al fondo de rescate de la UE. Con todo, es posible que aquella concesión allanara aún más el camino a los avances alemanes, al dar un barniz de mayor consenso a sus políticas. Si tras el Brexit hubo un ligero alboroto porque, sin la intransigencia *tory* en la UE, las reglas de votación en el Consejo podrían cambiarse para favorecer una amalgama latina contra el Norte –la táctica preferida por Thomas Piketty–, esas preocupaciones se evaporaron con la elección de Emmanuel Macron, cuyo primer viaje tuvo como fin rendir tributo a Berlín, donde le aseguró a la canciller que no pretendía «comunitarizar las deudas pasadas», cosa que dos días después cimentó con su docilidad al nombrar ministro de Finanzas a un neoliberal impecable, Bruno Le Maire, un inquebrantable de la UMP. España, donde el paro ha bajado al 17,2 por 100, y Grecia –con un mero 23 por 100– son ahora celebradas en la prensa alemana como prueba de que las políticas de Berlín están por fin dando frutos.

Die Macht am Mittelmeer: Französische Träume von einem anderen Europa [El poder en el Mediterráneo: los sueños franceses de una Europa diferente], de Wolf Lepenies, puede leerse como la respuesta más sofisticada que ha dado el *establishment* alemán al *cri de coeur* [grito de auxilio] de Agamben. En forma de cortés inspección de las concepciones francesas que a lo largo de los siglos han pretendido construir coaliciones «latinas» de varias dimensiones, Lepenies deja caer suavemente la insinuación de que los que disienten de las reglas del juego de la Europa alemana harían mejor en dejar de hacerse ilusiones, especialmente los franceses, cuyos intentos periódicos de dar notoriedad al conflicto Norte-Sur en el mundo exterior son las más de las veces la proyección de conflictos inherentes a su propia cultura nacional. La crítica alemana vio en *Die Macht am Mittelmeer* un hábil diagnóstico de una obsesión francesa. Sus únicas objeciones tenían que ver con la lentitud de Lepenies en formular su planteamiento, con el exceso de redundancias, y con el hecho de que el título del libro no es acertado, ya que el Mediterráneo es solo un accidente de un paisaje más vasto, hecho de vanas ilusiones.

Nacido en Prusia Oriental, desde donde su familia escapó del Ejército Rojo, Lepenies creció en Coblenza y estudió en Münster, que era por entonces un foco de sociología conservadora bajo la dirección de Helmut Schelsky y Dieter Claessens, quien supervisó la tesis que se convertiría en su primer libro: *Melancholie und Gesellschaft* [Melancolía y sociedad] (1969), un estudio de la cultura europea del aburrimiento, y de su relación con la derrota política y la exclusión. Los ejemplos eran de amplio espectro. Por ejemplo, Lepenies sostenía que la revuelta de la Fronda contra la consolidación de la monarquía en la Francia del siglo XVII fue el resultado de la desesperación de los aristócratas por encontrar un sentido social, incluso aunque fuera en la forma de una rebelión condenada de antemano. Luis XIV trató de compensar la impotencia política de estos aristócratas otorgándoles plena jurisdicción sobre el cuerpo de oficiales, y aumentando constantemente toda una serie de actividades y largos procedimientos en su corte. Con todo, el foco de interés de Lepenies se sitúa –como lo viene haciendo desde entonces– en los valores y sensibilidades de la burguesía alemana. Excluidas del poder político que se les iba otorgando a sus homólogas en otros lugares de Europa durante el siglo XIX, las clases medias alemanas, según nos cuenta Lepenies, se replegaron en el mundo estético, para saborear en sus pocos ratos libres las producciones de sus grandes escritores y pensadores. Lo que antaño había sido el anhelo y la melancolía de toda una clase –el «síndrome de Werther», durante el siglo XVIII– se fue transformando cada vez más, a medida que el ideal burgués del trabajo iba ganando fuerza autolegitimadora, en la provincia de los individuos dispares. La diana particular del ataque de Lepenies a la estetización del aburrimiento (y, durante el periodo nazi, de la política) –esto es, la inclinación de los burgueses a imaginarse a

sí mismos como aristócratas privados sin responsabilidades políticas— era Arnold Gehlen, el conservador más influyente de la sociología alemana de posguerra. Tras adscribir la atracción intemporal por la melancolía a una naturaleza humana básica que solo podía superarse a través de Sistemas Supremos de Liderazgo —o, tras la enmienda que introdujo en su propio texto después de la guerra, a través de «las instituciones fundadoras»—, Gehlen había afirmado que «la historia de las ideas ha llegado a su fin, y nosotros hemos llegado a la *posthistoire*. Así, el consejo que Gottfried Benn le diera al individuo —“cuenta solo con tus propias reservas”—, debía aplicarse ahora a la humanidad en su conjunto». Al despreciar el proyecto de la Ilustración como utópico e históricamente difunto, Gehlen —nos decía Lepenies— había «descubierto una forma de hacer a la modernidad merecedora de la tragedia».

La tentativa de Lepenies de reducir toda la obra de Gehlen a una variante del escapismo aristocrático, mientras evitaba expresamente cualquier deuda con la Escuela de Frankfurt (de hecho, a Adorno —que algunos años antes había mantenido un célebre debate televisivo con Gehlen— lo trata como la otra cara de un mismo síndrome), marcó su trayectoria en tanto crítico liberal de izquierda de los conservadores de la academia alemana. Ha sido una carrera exitosa. Lepenies es quizá el más desconocido y el mejor conectado de entre los principales intelectuales alemanes. Director durante largo tiempo del Wissenschaftskolleg de Berlín, sus vínculos personales se prodigan en el mundo anglosajón, donde fue editor de la colección *Ideas in Context*, junto con Skinner y Rorty, y halló un lado del paraíso en Princeton, en el Institute for Advanced Study. Tras 1989, se convirtió en un incansable sembrador de semillas culturales en el Este: contribuyó en la fundación de la Bibliotheca Classica de San Petersburgo, del Centre for Advanced Study de Sofía, del Collegium de Budapest y del New Europe College de Bucarest. Además, se rumorea que movió algunos hilos en Estocolmo para ayudar a que Herta Müller, nacida en Banat, se hiciera con el Premio Nobel. Como intelectual público, su estilo elegante, aunque a ratos pomposo, lo distingue del sobrio y aburrido de la generación de sociólogos alemanes donde se formó. Antiguo miembro de la junta de supervisores del grupo Axel Springer —un ostentoso estigma de herejía para la generación de 1968—, Lepenies contribuye con columnas ligeras y eruditas en el aceptable diario *Die Welt* —dependiente del conglomerado mediático—, donde escribe de filosofía, de cine y de la liga NBA de baloncesto.

Cultura *versus* poder, decencia burguesa *versus* trascendencia estética: estas oposiciones ocupan desde el principio el centro de la obra de Lepenies. En su libro más conocido, *Die drei Kulturen. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft* [*Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*], Lepenies había vuelto la vista atrás, hacia una era perdida de su disciplina,

cuando las fronteras entre las ciencias sociales y la literatura apenas existían, y Balzac, Taine y Zola «habían sondeado la realidad con el escalpelo de la ciencia». Pero con la politización de la sociología en Francia –los ataques de la *intelligentisa* a la ciencia *dreyfusarde* de Durkheim– los reaccionarios franceses se reagruparon en la literatura, hasta tal punto que en la época de Vichy la novela francesa estaba dominada por fascistas. Durante la posguerra, en la República Federal de Alemania la situación era casi la inversa; allí los críticos de izquierda del régimen, como Böll y Koepen hacían de la novela su cachiporra, mientras que la sociología académica estaba dominada por conservadores. Contra estos abusos, la defensa de Lepenies del hombre burgués de letras que rehúye la politización de la ciencia encontró expresión en el libro que quizá sea el más íntimo de los suyos: una extraordinaria biografía del crítico denunciado por Nietzsche («merodea, cobarde, curioso, aburrido, escuchando a escondidas») y atacado por Proust («como si la perseverante falsedad de su pensamiento hubiera derivado de la artificial destreza de su estilo»), que podría haberse titulado *Pour Sainte-Beuve*. De hecho, Sainte-Beuve, no obstante su animosidad hacia la democratización de la cultura, fue a pesar de sí mismo una fuerza liberal beneficiosa, en su determinación por traer el arte de nuevo a la tierra y por anclar a los artistas en su contexto personal –defendió las afinidades científicas del realismo literario–, así como por su compromiso coherente en tanto intelectual público, puntilloso en sus reacciones ante los asuntos cotidianos.

Una década más tarde, con *The Seduction of Culture in German History* (2006), Lepenies retomó un tema desarrollado por George Mosse y Fritz Stern medio siglo atrás, y del cual una versión se podía ya encontrar en *Metapolitics* (1941), de Peter Viereck, cuando no antes: los funestos efectos de la construcción de la cultura como un ámbito estético o espiritual de lo sublime, por encima de los compromisos y de las argucias de la política y, en especial, de la política parlamentaria. Fue Nietzsche el primero en dar una expresión vívida a esa fatal oposición entre cultura y poder, que arraigaría en la sensibilidad de tantos intelectuales de la Alemania guillermina y de la República de Weimar. Tras servir como joven asistente médico en el ejército prusiano en 1870, había reaccionado al triunfo sobre Francia no con júbilo, sino con pesar, pues predecía que el nuevo imperio alemán supondría el eclipse de la cultura germánica: «la extirpación del espíritu alemán para beneficio del “Reich alemán”». Había que elegir entre poder y cultura. «El uno vive de la otra, el uno prospera a costa de la otra. Todas las grandes épocas de cultura son épocas de declive, si hablamos en términos políticos: todo lo que ha sido sublime en términos culturales ha sido apolítico, incluso *antipolítico*». El único artista o filósofo que quedaba en Alemania merecedor de tal nombre, ironizaba Nietzsche con un «rubor» burlón, era... «bueno, era Bismarck».

Fue en medio de este clima, condicionados por este modo de ver las cosas, que una generación de artistas e intelectuales alemanes abdicaron de la responsabilidad política durante los años del nazismo, con Gottfried Benn como escapista de primer orden. Fueron alemanes que estuvieron dispuestos a hacer de compañeros de viaje de los nazis durante una parte del trayecto, solo retrocediendo –los que lo hicieron– ante episodios como el de la Noche de los cuchillos largos. «Los crímenes nazis no les dejaron moralmente consternados –escribe Lepenies–, sino estéticamente defraudados». Lo peculiar de la crítica de Lepenies de esta actitud no era tanto su acusación contra este escapismo pasado como su análisis del mismo en el momento presente –Lepenies llegó a decir, un año después de la inauguración del Memorial del Holocausto en Berlín, que incluso el ajuste de cuentas de Alemania con su pasado se había replegado al ámbito de una «estética sobrecogedora»–, así como la alternativa positiva que proponía para lo que debía ser la vida de un intelectual europeo moderno. No es muy sorprendente que su modelo fuera Thomas Mann, quien, como Nietzsche antes que él, se había sentido atraído ante la perspectiva de una Alemania cuya población siguiera siendo apolítica tanto tiempo como fuera posible, pero que luego, al caer en la cuenta de que un conservadurismo irónico no dejaría germinar un espíritu democrático lo suficientemente fuerte, puso sus discursos al servicio del liberalismo anglo-estadounidense. La negativa a experimentar con el utopismo es un signo de salud intelectual en una sociedad.

En course de route, Lepenies dedicaba un capítulo a las «guerras culturales» entre Francia y Alemania desde la era napoleónica hasta la de Hitler, donde observaba que «siempre que un país era derrotado en el campo de batalla, la política cultural se ponía al servicio de la revancha, hasta que la fuerza espiritual renovada hiciera posible la represalia en una guerra “real”», en el caso de Alemania, después de 1806, y en el de Francia, después de 1871. (El *Segundo libro* de Hitler era en gran medida una larga perorata contra Francia, la cual, según recordaba a sus lectores, había atacado Alemania *veintinueve veces* desde 1870). Pero si durante estos episodios, desde la época de Federico el Grande y Madame de Staël en adelante, las fanfarronadas y las difamaciones recíprocas fueron moneda corriente, las voces que expresaban admiración en lugar de animosidad hacia la otra nación estuvieron también muy presentes. Así, el elocuente deseo de Guizot no era el conflicto, sino la reconciliación entre los dos países, por no hablar de Sainte-Beuve, que «detestaba todo ese “chovinismo trascendental”, como él lo llamaba». Durkheim y Weber tal vez se ignoraran el uno al otro, pero andando el siglo una figura francesa tan emblemática como Aron debió despertar intelectual a Alemania, donde desde la Segunda Guerra Mundial la importancia del entendimiento mutuo entre vecinos ha terminado aceptándose. Acaso ningún intelectual alemán desde Ernst-Robert Curtius haya dedicado más tiempo y devoción a un interés simpatizante con

la cultura francesa que el propio Lepenies, que ha sido invitado por Bourdieu a la cátedra en Cultura Europea en el Collège de France, y ha sido condecorado por Chirac con la Legión de Honor. Teniendo en cuenta su trabajo crucial en torno a dimensiones delicadas del pasado alemán y el reconocimiento de sus servicios a Francia, es posible que Lepenies haya tenido la sensación de haberse vacunado contra cualquier acusación de chovinismo a la hora de tratar aspectos de la política y la cultura francesa que a muchos alemanes les producen suspicacia.

Die Macht am Mittelmeer se abre con un análisis de tres episodios recientes de pretensión e ilusión francesa. Al comenzar la crisis europea, en 2008, Nicolás Sarkozy se había embarcado en su plan en pro de una Unión por el Mediterráneo, una colección de Estados dirigidos por Francia que incluiría a los países en torno a la cuenca mediterránea, entre ellos Turquía, Israel y Mauritania, y que prometía a Francia un papel de liderazgo alternativo en Europa al margen del Proceso de Barcelona. (El proyecto fue luego satirizado en la novela *Sumisión*, de Michel Houellebecq, donde es asumido por Ben Abbes, el recién elegido presidente musulmán de Francia, que abraza con astucia los mismos clichés acerca de una Europa que extiende su mano generosa hacia el Sur, democratizándose a sí misma a través de la incorporación de los antiguos pueblos colonizados). Vetado por Merkel, el plan adolecía, a juicio de Lepenies, de deficiencias estratégicas: Ankara entendió inmediatamente que lo que se le estaba ofreciendo era una integración europea de segunda clase, mientras que los países del Norte de África lo percibieron como una nueva oleada de neocolonialismo y se desentendieron del asunto. Lepenies también vuelve sobre el momento-bisagra que fue el año 1989. El Elíseo no había previsto la unificación alemana y Mitterrand incluso realizó poco antes de la caída del muro una visita de Estado a esa RDA, que después de Ulbricht se desmoronaba. Cuando Kohl, de la nada, anunció la reunificación, Mitterrand se reunió con Gorbachov en Kiev, en lo que Bonn percibió como una nueva intriga ruso-francesa para contener a una Alemania más poderosa. Para Lepenies hay algo de ingenuo en la expectativa francesa de mantener el mismo nivel de influencia en una Europa posterior a la Guerra Fría: con todo el talento que tiene ese país para soñar diferentes Europas, no fue capaz de intuir la unificación de Alemania. En 1989, fue Bernard Henri Lévy quien imprimió el libro blanco de Kojève en el primer número de su nueva revista, *La Règle du jeu*. Pero, como sugiere Lepenies, el error en torno a 1989 se había preparado antes, con el malogrado intento de Mitterrand en la década de 1970 de formar una Union de la Gauche capaz de reunir a todos los partidos socialistas de Europa, incluyendo al SPD de Willy Brandt. Según aquella visión, el *socialisme du coeur* quedaría reconciliado con el *socialisme de la raison*. Lepenies nos narra la escena de Mitterrand subiéndose al tren de Brandt en Stuttgart, y adentrándose en el vagón-salón que había pertenecido a Göring. «Cenamos rápido», contaba Mitterrand en sus memorias:

Después del café, me levanté y, a través de la ventana del tren, me quedé contemplando la noche alemana [...]. Brandt se me acercó y charlamos. No mucho, para ser sinceros. Intercambiamos quizá algunas frases. Si conservo un recuerdo más vivo de este encuentro que de muchos otros que parecen más importantes a primera vista, con sus agendas, preguntas, respuestas y comunicados, es porque esta vez todo era completamente diferente. ¿Cómo decirlo? Creo que estábamos soñando juntos. Cuando me bajé en la estación de Mainz, Brandt me retuvo un momento agarrándome de los hombros y me dijo: «Es importante que sepas algo. Yo soy quizá el último de los ciudadanos septentrionales y alemanes que acepta una Europa latina».

Lepenes brilla con esta clase de estampas, a las que añade flecos sardónicos: no es solo que Brandt negara más tarde haber hecho aquella afirmación, sino que se volvió contra lo que calificó burlescamente de «la Internacional de los olivos» de Mitterrand, el cual, ante el horror del SPD, estaba dispuesto a establecer relaciones con los partidos comunistas europeos —Mitterrand era amigo de Santiago Carrillo—, a fin de arañar votos del PCF en casa y de recoger algún rédito del fin de los regímenes autoritarios en el sur de Europa. Para Lepenes, la cuestión más profunda es que toda la construcción de una brecha Norte-Sur —a la que se referían una y otra vez tanto Mitterrand como la prensa francesa— es una figura persistente que envuelve conflictos imaginados en la gasa de falsas solidaridades. Cuando llegó el momento de la adhesión de España a la Comunidad Europea, según nos cuenta Lepenes, su entrada solo fue posible después de que París hubiera neutralizado sistemáticamente la amenaza que las importaciones agrícolas españolas y la industria de capital estadounidense suponían para la posición proteccionista francesa. En cada uno de los episodios que refiere del pasado reciente —2008, 1989, la década de 1970— Lepenes dirige la misma crítica: la división francesa con respecto a su identidad «sureña» solo recalca su impotencia y consolida la decepción.

El resto de *Die Macht am Mittelmeer* prosigue en su mayor parte de forma cronológica, para revisar momentos críticos en las concepciones francesas del Norte, esta última una noción variable que comprende Prusia o Alemania, o bien todos los países de habla germánica, cuando no Alemania/Gran Bretaña/Estados Unidos, o el mundo protestante en su conjunto. También el de *Midi* [Sur] era un concepto cambiante: estando su corazón en el sur de Francia, se extendía para incluir, con algunas variaciones, América Latina, el Norte de África y Rumanía. Lepenes traza la genealogía del mito Norte/Sur, cuyas raíces halla en lo que Bourdieu denominó el «efecto Montesquieu». En el siglo XVIII, los miembros literarios de las academias francesas transfirieron el rigor descriptivo de las ciencias físicas a todo ese manojito de prejuicios que daría lugar a las ciencias sociales. Al observar que Montesquieu extrajo sus teorías climáticas directamente del «Ensayo concerniente a los efectos del aire en los cuerpos humanos», de Arbuthnot, y al tabular las oposiciones

que entraban dentro de la rúbrica *Nord=Froid/Midi=Chaud* [Norte=Frío/Sur=Cálido], Bourdieu señalaba que este tipo de transferencias descansaba en el *revival* y el nuevo despertar de metáforas durmientes: la manera en que el calor provocaba la «relajación de las fibras físicas», por ejemplo, podía extenderse a la «relajación de las costumbres, de la fuente vital, de las energías viriles». Una vez legitimada como una ciencia literaria, el determinismo climático podía modificarse para cubrir nuevas necesidades, ya fueran las relacionadas con las aventuras coloniales –para las que el Sur era el campo de acción inmaduro a la espera de ser cultivado–, o con el contexto de las rivalidades intereuropeas, donde el Sur era más libre y enérgico, más cercano a la civilización antigua que el constreñido, baldío y bárbaro Norte.

Tal y como muestra Lepenies, la división europea Norte/Sur bien podría también invertirse fácilmente. A principios del siglo XIX, Saint-Simon, en un intento por combinar las conquistas políticas de la Revolución Francesa con la cohesión social de un catolicismo renaciente, volvió la vista a Alemania en tanto que tierra prometedor para la experimentación y eje de sus planes para unificar la Europa moderna. Al haber sido privados del desarrollo económico fácil que da el poder marítimo, los alemanes, nos dice Saint-Simon, no habían sido corrompidos por el espíritu calculador de los ingleses. Pero el país de los poetas y los pensadores [*Dichter und Denker*] aún necesitaría modernizarse; existía el peligro de que su entrada abrupta en Europa diera como resultado otra Reforma. A fin de evitar este fantasma, Saint-Simon proponía que un parlamento moderno anglo-francés concibiera una constitución para Alemania y supervisara su unificación, la cual beneficiaría a Europa en la medida en que el espíritu libre de los alemanes compensara el racionalismo excesivamente desarrollado de Inglaterra y Francia. La parte negativa de este proyecto político en apariencia generoso, tal y como observa Lepenies, era que los saint-simonianos eran ávidos colonizadores, cuya visión consistía en un Sistema Mediterráneo que, aunque iría incorporando gradualmente a la mayor parte de los pueblos del mundo, sería liderado por Francia, el «Cristo entre las naciones». Algunos de los logros de los saint-simonianos y de sus admiradores durante el gobierno de Napoleón III fueron impresionantes –de Lesseps construyó el canal de Suez–, pero la política exterior francesa de este periodo fue en términos generales desastrosa –entre otras cosas, avivó la competencia colonial alemana y produjo una guerra delirante contra México–, lo cual da pie a que Lepenies, ilustre de nuevo su tesis, acerca del daño causado por las vanas ilusiones francesas de *grandeur*.

La derrota de Francia a manos de Bismarck en 1871 se sitúa en el relato de Lepenies como un crucial punto de inflexión en cuanto a las actitudes francesas en torno a su posición en Europa. En aquellos días, incluso los estetas no nacionalistas como Flaubert desesperaban. Este último hubiera preferido ver París en llamas, según le confesó a George Sand, antes que

consumido por la violencia de los «compatriotas de Hegel», y exclamaba: «¡Qué triste estoy! Tengo la sensación de que el mundo latino se muere, que lo que un día fuimos se ha terminado». Nietzsche, por su parte, extraía de la derrota francesa la conclusión opuesta: «Por regla general, una nación se levanta rejuvenecida del lecho de convalecencia política y redescubre su espíritu, que había venido perdiendo gradualmente en su búsqueda y ejercicio del poder», escribía. «La cultura le debe esto, sobre todo, a las épocas de debilidad política». Tal y como nos muestra Lepenies, las típicas respuestas francesas a la derrota de 1871 no suscribían la antinomia de Nietzsche entre poder y cultura. La mayor parte de *Die Macht am Mittelmeer* se centra en la exploración de toda una serie de tentativas, por parte de escritores, publicistas, poetas, historiadores y periodistas franceses, para dar respuesta a la pérdida, cuyos efectos durarían hasta la Segunda Guerra Mundial, y es aquí donde el libro produce sus hallazgos más originales. Algunos de entre ellos – Jacques Bainville, Gabriel Audisio, Léon Bazalgette, Gabriel Hanotaux – son poco conocidos a día de hoy. Otros – Charles Maurras, Frédéric Mistral, Léon Daudet, Paul Valéry – nos resultan más familiares. (Extrañamente, no hay en esta galería de personajes mención alguna del amigo de Daudet, Proust, que despertó el interés temprano de Lepenies. Esta ausencia es llamativa, toda vez que la germanofilia y la germanofobia son temas muy importantes en *El tiempo recuperado*).

La mayor parte de estas figuras caerían en la putrefacta derecha católica de entreguerras, pero hubo excepciones. Lepenies sigue la trayectoria del novelista Paul Adam (1862-1920), fundador de la Liga de París y del periódico *La Renaissance Latine*, concebido como una mina de renovación cultural latina y como un contrapeso a las fuerzas del momento: el paneslavismo, el pangermanismo, el panturquismo, el anglo-sajonismo, etcétera. En el análisis que hace de Europa al término del siglo XIX, Adam veía un continente desprovisto de gratitud. Desde el Congreso de Viena, argumentaba, era el espíritu latino el que se había alzado contra el autoritarismo septentrional, produciendo las erupciones revolucionarias y –bajo Napoleón III– unificando de forma benévola Italia y Alemania (pues Adam interpretaba la derrota francesa como un sacrificio que había hecho posible esta última). En lugar de saborear nada de esto, sin embargo, los alemanes se dedicaban a conspirar para ver cómo descargaban su vasta superproducción en el Sur, mientras que los británicos querían echar a los latinos de África, que es de donde provenían, desde la antigüedad, su suministro de grano. Adam hacía la cuenta demográfica: en 1900 había 75 millones de alemanes en Europa, contra los que se contaban 80 millones de latinos. Para unir a estos latinos entre sí se requerirían nuevas bases políticas, incluyendo un parlamento y un senado latinos cerca del emplazamiento del original, en Roma. En lugar de la nueva Religión de la Humanidad, tan de moda por

entonces, que habían propuesto los seguidores de Saint-Simon, Adam presionaba para que se resucitara el culto mitraico de la antigua Roma (y aquí, de nuevo, quería que los alemanes tomaran nota de que algunas de sus más grandes ciudades occidentales, Aquisgrán y Colonia, habían nacido de los asentamientos de las legiones romanas que rendían culto a Mitra).

Lepenies hace hincapié en el hecho de que Adam no era ningún excéntrico, sino un gran intelectual de su tiempo y un representante de toda una matriz latina, cuyas ansiedades tenían su origen en las secuelas posnapoleónicas. La «benevolencia» que Adam identificaba con la política exterior francesa había sido un desastre en términos de gran estrategia. Francia no había tenido una política exterior sensata desde Talleyrand: el apoyo que Napoleón III prestó a Prusia contra Austria, su apoyo a la unificación de Italia y su invasión de México fueron todas ellas decisiones que habían puesto en peligro la posición de Francia como potencia de primer orden. Tal y como el propio Adam comprendió en el curso de un viaje que efectuó en 1906 a la Feria Mundial de Saint Louis, los problemas habían empezado con la venta impetuosa por parte de Napoleón I de la Norteamérica francesa a Jefferson, que en un principio solo estaba interesado en puertos en el golfo de México. La venta a precio de liquidación de la Luisiana multiplicó por dos el tamaño de Estados Unidos y puso un final temprano a cualquier ambición de gran estrategia por parte de Francia. Adam estaba lleno de admiración ante la «magnífica laboriosidad» que percibió en sus viajes a América, tras los cuales terminó convencido de que el «perezoso bienestar» del mundo latino tenía mucho que aprender. Lepenies identifica aquí un elemento que formaría parte de una contracorriente dentro del movimiento latino: el deseo de ser más como el Norte.

Charles Maurras, la figura central de la reacción católica de entreguerras, adoptó un punto de vista menos transigente con el mundo anglosajón. Lepenies sigue la trayectoria de Maurras cuando este era corresponsal de prensa deportiva en los primeros Juegos Olímpicos, que tuvieron lugar en Atenas. Al observar el aura todavía «hiperbórea» de una familia real importada de los climas nórdicos, Maurras no estaba nada contento con lo que veía. Después de seguir con la mirada cómo tres corredores alemanes ganaban al sprint –como resultado de un error de los jueces, estaba seguro–, escuchó con alivio de boca de un espectador griego, que hablaba «en el idioma de Shakespeare», que un francés había ganado la primera competición. Tal y como señala Lepenies, el orgullo que sentía Maurras por su raza no era biológico –una creencia que él defendía en contraste con el nazismo, que él llamaba el «islam del Norte»–, sino civilizatoria. Pierre de Coubertin, el fundador de los Juegos, era la diana de la ira de Maurras, porque en su irreflexiva anglofilia había sucumbido al tipo equivocado de cosmopolitismo. «Qué es, si me lo permite, esta forma de vida cosmopolita, si no la vida

inglesa. Es una estúpida imitación del estilo de vida inglés». Pero a pesar del pesimismo trágico de Maurras, lo cierto es que el periodo de entreguerras parecía haberle dado mucho de lo que quería: tres dictadores latinos abarcando el sur de Europa –a los que se uniría Pétain en 1941–, que, si bien no eran monárquicos, al menos compartían la perspectiva reaccionaria de Maurras. En lo que concierne a las esperanzas más exageradas de aquel periodo, Lepenies trae a colación la fascinante trayectoria de Henri Massis, un discípulo de Maurras que creía de modo incluso más ferviente que su maestro en la posibilidad de una Unión Latina en la era de las dictaduras. En su extraordinario libro de conversaciones con Salazar, Mussolini y Franco, fechado en 1939, Massis –el más explícito defensor francés de la invasión de África por parte de Mussolini y un confidente del Duce– encontraba mucho que admirar: Salazar en Lisboa, un estudiante de Tomás de Aquino, era «el dictador más sincero, sabio y comedido de Europa». Franco era el «soldado de Dios», que le aseguraba a Massis que ya le había devuelto a Hitler la ayuda prestada durante la Guerra Civil. Pero si Salazar y Franco buscaban estabilidad y «normalidad», solo Mussolini veía con la misma claridad que Massis el imperativo de hacer avanzar la latinidad en tanto que la cultura del fascismo. Cuando Massis cubrió la visita de Hitler a Italia en 1938, vio con deleite cómo el acontecimiento dejaba bastante fríos a los nativos: lo que funcionaba en Nuremberg no lo hacía en Roma. Pero durante la guerra, Massis se encontró con que Mussolini protestaba porque la posición de Alemania en medio de Europa facilitaba el predominio de su cultura y sus ideas, mientras Hitler se quedaba de piedra porque Franco, en lugar de prometer su solidaridad con la causa, preguntaba qué fragmentos del Imperio francés podía esperar recibir. De esta forma, el periodo de entreguerras obedece de forma nítida el principio de Nietzsche: cuando los dictadores latinos tuvieron poder, dejaron que la cultura latina se quedara por el camino.

Los puntos débiles de *Die Macht am Mittelmeer*, sus desaciertos sustantivos, caen dentro de dos categorías relacionadas entre sí. La primera tiene que ver con el hecho de que al centrarse de manera tan exclusiva en las visiones francesas de Europa y Alemania, Lepenies descuida otras oposiciones ideológicas del periodo que cubre –Francia/Alemania *versus* el mundo anglosajón, o latinidad *versus* anglosajonismo–, y que fueron en algunos momentos más significativas. Tal y como él mismo reconoce en su discusión sobre el memorándum de Kojève, su probable receptor, De Gaulle, terminó cayendo en la cuenta de que necesitaría de la Alemania de Adenauer para esquivar la hegemonía anglo-estadounidense. Gran parte de las maniobras que tuvieron lugar a ambos lados de la descolonización francesa –las florituras retóricas de Aimé Césaire en la Asamblea Nacional con vistas a un acuerdo para Martinica, por ejemplo– apelaban expresamente a deseos comunes de contrarrestar las ambiciones imperiales estadounidenses allí donde se pudieran materializar.

Tal y como han mostrado los historiadores Michael Geyer y Charles Bright en una potente colección de ensayos que constituyen una reevaluación sobre el siglo XX, muchos notorios giros diplomáticos de aquel periodo parecen epifenómenos cuando el periodo se mira desde la perspectiva del eje que iría desde la crisis de Samoa de 1888-1889 entre Alemania y Estados Unidos, al cruce del Rin en 1945 por parte del Duodécimo Grupo del Ejército estadounidense: dos potencias regionales recientemente unificadas e inmersas en un rápido proceso de industrialización, que vacilan entre el conflicto y la cooperación, y que tratan de adaptarse a las tecnologías y a la movilidad adoptadas por Gran Bretaña, la primera potencia verdaderamente global y no basada exclusivamente en la territorialidad. Mientras Alemania no logró evolucionar más allá de su condición de potencia de base territorial, Estados Unidos «se las arregló para fusionar la capacidad del Estado nacional para la movilización, con las capacidades logísticas del poder marítimo, en gran medida mediante sus guerras con Alemania».

Al comienzo de *The Seduction of Culture in German History*, Lepenies explicaba que él no estaba tratando de «competir con los enfoques bien establecidos de historia social y política» en relación con los cuales «la historia intelectual es un añadido, no una alternativa». Era posible ver «la historia de las ideas como no mucho más que un ornamento del edificio de la historia social y política, que podría ser retirado fácilmente del mismo. Sin embargo, una vez retirado, aunque el edificio no se viniera abajo, tampoco sería ya el mismo». De forma tácita, la imagen concibe las ideas como una especie de *appliqué* [adorno] que se fija a Estados o sociedades a modo de adjunto externo sin conexión íntima con ellos, lo cual nos lleva a lo que es la principal debilidad de *Die Macht am Mittelmeer*. Al centrarse en gran medida en intelectuales de una época pasada, y en un espíritu no del todo distante con respecto a ellos, Lepenies efectúa un nivel de análisis cultural que, aunque se desarrolla a la sombra de acontecimientos públicos, tiende a desplazar la alta política y a volver opaca su propia participación en ellos. El resultado se lee como una adaptación involuntaria de la hidráulica visión de Nietzsche de la relación entre cultura y poder, según la cual ambas instancias se excluyen recíprocamente, si no en términos de razonamiento, sí en lo que se refiere al método.

Tanto política como intelectualmente se verifica el mismo tipo extraño de astigmatismo. Aunque no se trate de un radical, Lepenies nunca ha sido el producto convencional de un *juste milieu* [término medio] alemán. Simpatizante de los derechos de los palestinos en un país donde el apoyo incondicional a Israel viene siendo la norma desde hace tiempo, fue abiertamente crítico con el apoyo ofrecido por Alemania a las ambiciones croatas cuando se produjo la desintegración de Yugoslavia. No vio nunca con buenos ojos a Yeltsin, y advirtió contra el triunfalismo capitalista al caer la URSS, diciendo que las ideas del comunismo podrían revivir. Tampoco

tiene afinidad alguna con los heraldos (Herfried Münkler y otros), cada vez más explícitos, de la necesidad de la hegemonía alemana en Europa. Sin embargo, en ningún momento de su prolongado relato crítico de los sueños franceses de otra Europa hay reconocimiento alguno de que puedan existir buenas razones para temer esa dominación alemana, con sus consecuencias para los miembros mediterráneos de la UE. En ausencia de ello, *Die Macht am Mittelmeer* adopta inevitablemente los visos de un sucinto informe autocomplaciente sobre las locuras de los franceses con respecto a la *Bildungsbürgertum* [burguesía ilustrada] alemana.

Sí es cierto que hay algo de remordimiento de conciencia, pero este tampoco deja de ser una forma de sublimación. Lepenies termina su libro arrastrando algunas tímidas palabras sobre la necesidad de que la Unión Europea haga más por las zonas menos favorecidas del mundo que no siempre trató bien en el pasado, África especialmente, a la que solo se podrá ayudar cuando Francia y Alemania trabajen juntas. Pero esto no hace más que subrayar la poca atención que su relato ha prestado a la noción de *Eurafrique*, es decir, el conjunto de planes franceses para incorporar y explotar el norte de África en base a arreglos coloniales, y después poscoloniales, bajo los auspicios de Europa. El grado en que la integración europea se hizo posible gracias a la aceptación de estos planes lo han explicado al detalle los estudiosos suecos Peo Hansen y Stefan Jonsson en su libro *Eurafrica* (2016), donde ponen de manifiesto la continuidad entre los planes fascistas para Euráfrica y la visión de René Mayer, redactada junto con la de Jean Monnet en Argel durante la guerra, que postulaba un Estado altamente industrializado en el Rin bajo control francés y alemán, sustentado por la agricultura del norte de África. Después de la guerra, el compromiso por Euráfrica —«una dote para Europa» como medio para «seducir a los alemanes»— Mayer lo incluyó por escrito en el Plan de Schuman y pasó a ser, desde el primer momento, una de las condiciones de fondo del Tratado de Roma. Adenauer, que dio su apoyo incondicional al ataque anglo-francés sobre Egipto en 1956, lo defendió con firmeza. Lepenies estaba sin duda al tanto del estudio de Hansen y Jonsson, el cual menciona los elogios que Lepenies le dedicó. Pero aunque históricamente Euráfrica fuera el más persistente de los sueños franceses para Europa, el hecho de que no apuntara contra Alemania, sino que, todo lo contrario, fuera apoyado por esta, hace que no acabe de encontrar un lugar en el relato de Lepenies.

En el espíritu de Sainte-Beuve, *Die Macht am Mittelmeer* aporta muchos antecedentes y en él abundan las genealogías de los discursos contemporáneos sobre el Norte y el Sur. Lepenies lleva décadas escuchando a escondidas a los inválidos en el lecho convaleciente de Europa, y ha ofrecido en ocasiones comentarios incisivos sobre el lugar que ocupa la cultura en otras zonas de la Unión. En un ensayo sobre sus días como *Kulturträger*

[transmisor de cultura] en Europa del Este, Lepenies habla con franqueza de los errores del continente:

Exagerar el papel que juega la cultura se convirtió en una estrategia de la Unión Europea para lidiar con su mala conciencia. Mientras a los países de Europa del Este se les seguía denegando la entrada al mercado común, se los invitaba a integrarse en la OTAN, y se los elogiaba ante todo por sus logros culturales. La invitación militar y cultural debía maquillar la discriminación económica. La política cultural occidental adquirió así una mala reputación en el Este. Se veía como un subterfugio y una excusa barata.

Esta es una opinión franca desde dentro. Sin embargo, en Europa el problema Norte/Sur no fue desplazado por un problema Este/Oeste. Lo que sigue siendo desconcertante es cómo este receptor, sensible a la hora de escuchar las voces perdidas de Europa, no haya sido capaz de discernir, en la confusa desesperación de Agamben, el grito de los débiles, que ya no se contentan con lo que pasa por ser clemencia en el Spree.